

Michael Taussig, *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema en emergencia permanente*, Gedisa, Barcelona, 1995.

Publicada originalmente en inglés en 1992 con el título de *Nervous System*, el lector se enfrenta a la obra de un antropólogo poco conocido en México. Es la segunda traducción al español de una obra interesante y difícilmente clasificable.¹ No obstante, si tuviera que sintetizar con un término su aportación a la antropología actual, no lo dudaría: heterodoxia. Y bajo esta palabra se combinan por igual dosis de compromiso con los sujetos y culturas analizadas, una radical apuesta por la realización de una antropología y una escritura experimental, de vanguardia. Este perfil le ha supuesto enfrentarse con problemas de «ubicación» en los departamentos de antropología de varias universidades norteamericanas (durante una época dio clases de *performance*). Actualmente enseña en la Universidad de Columbia.

Este libro probablemente no resultará atractivo para los lectores acostumbrados a la estructura clásica de una monografía, con capítulos que generan una secuencia e hilo discursivo coherente: se trata de un *collage* de desiguales e intensos fragmentos. Tampoco obtendrá el agrado de los antropólogos que disfrutaban una etnografía personal y detallada a lo largo de más de 300 páginas: la etnografía directamente realizada y expuesta por Taussig es más bien escasa. Dada la versatilidad del análisis y el vértigo de intereses y preocupaciones que refleja el autor, muchos colegas sentirán que se hallan ante un intruso en su campo de investigación, alguien que está adentrándose por senderos afines y que les está «pisando» ideas y reflexiones brillantes. Pero por encima de estas impresiones, de desasosiego y desorientación que originan sus páginas, la obra de este antropólogo supone un poderoso

¹ En 1980 Taussig publicó su primera obra importante, *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*, de la que existe traducción al español (1993) en la editorial mexicana Nueva Imagen. Sus últimos trabajos son *Shamanism, Colonialism and the Wild Man. A Study in Terror and Healing*, Chicago University Press, Chicago, 1987, y *Mimesis and Alterity. A Particular History of the Senses*, Routledge, Nueva York, 1993. Está próxima la publicación de un libro sobre el culto de María Lionza y el nacionalismo venezolano.

torrente de originalidad y frescura, el lujo de poder escuchar una voz auténtica en el pensamiento contemporáneo, un estímulo para la práctica de la etnografía para nosotros, sus humildes gladiadores.

Una última advertencia preliminar al lector: merece realmente la pena enfrentar los problemas de distribución y costo que la editorial Gedisa plantea en México para degustar esta obra.

Partiendo de las aportaciones de los pensadores y críticos culturales de la Escuela de Francfort, en especial de los desasosegantes destellos de la obra de Walter Benjamin, y de las concepciones teatrales y sociales de Bertolt Brecht, se afirma en una manera de hacer antropología y, sobre todo, de escribirla, muy experimental y con un fuerte peso de lo personal, que hacen de él una referencia-voz singular en el panorama antropológico mundial. Asistir a sus conferencias supone recrear las experiencias del etnógrafo y el análisis antropológico desde los múltiples ángulos que propone un *performance*.

Creo necesarias unas palabras sobre esta reseña. Cualquier lector que observe el índice de la obra que ocupa este comentario, y que llevado por su curiosidad hojee algunas páginas o capítulos al azar, puede estar consciente del carácter heteróclito, de verdadero *collage* de la misma, y de una estructura calidoscópica subyacente a su «montaje». El mismo autor desarrolla esta idea del «montaje»: desde una profunda autocrítica, Taussig propone que reflexionemos sobre las reglas del tipo de «creación» que realizamos en nuestra tarea como antropólogos e investigadores sociales. Para él todo análisis social se revela como un montaje:

También es montaje, yuxtaposición de cosas disímiles, de tal manera que antiguos hábitos de pensamiento se sacudan y accedan a nuevas percepciones de lo evidente. En realidad, subrepticamente hemos estado practicando el montaje constantemente en nuestras prácticas históricas y antropológicas, pero hemos estado tan concentrados en vincular un eslabón de la cadena con el siguiente, como si fuera un rosario, creando una religión de causas y efectos amarrada a un ordenamiento narrativo de la realidad que, al estar deslumbrados por nuestro relato, nunca tomamos conciencia de lo que estábamos haciendo y, de esta manera, reprimimos justamente uno de los instrumentos con capacidad, tanto de resistir como de destruir, la colonización intelectual y la violencia.²

² P. 66.

De todos los temas que en el texto me provocan una excitación intelectual como antropólogo, seleccionaré apenas tres para vertebrar el presente comentario, asegurando al lector que encontrará otros muchos igualmente atractivos en sus páginas.

Me propongo comentar y glosar las ideas de Taussig sobre las realidades de algunas sociedades del presente atravesadas por el terror y el caos, y cómo el antropólogo puede efectuar un abordaje vívido de las mismas; rescatar sus reflexiones sobre la imaginación y las diferentes ópticas (contemplativa y distraída) que como ciudadanos y antropólogos adoptamos al estar inmersos o investigando una cultura urbana; por último, trataré de mostrar su sugestivo tratamiento de la *mimesis*, tanto en culturas indígenas como en sociedades modernas del Primer Mundo, como un proceso impuro y vertiginoso de captación e imaginación de la otredad y la identidad de sujetos sociales que tienen una diferente relación con la reproducción de la imagen y de la «realidad».

Partiendo de la reflexión de Walter Benjamin acerca de la historia y el funcionamiento de algunas sociedades como un sistema nervioso en emergencia permanente, se sumerge en la noción y los matices del terror como lo cotidiano en diversos escenarios: una universidad de élite estadounidense, una ciudad colombiana (Cali) o en el también colombiano valle del Cauca. Esboza los detalles de cómo la paranoia funciona como teoría y práctica social en algunos contextos humanos.

Quedan en el lector, como una marca indeleble, su conversación sobre el terror en la comida y sobremesa con un colega de una universidad norteamericana, o la atmósfera angustiosa y paranoica en un cuarto de un militante de la oposición colombiana «desaparecido». Escogiendo la senda de la crítica y la autocrítica pone de manifiesto las contradicciones, buenas maneras y eufemismos que bordean el tratamiento del terror en los foros e instituciones «civilizadas», los rodeos y ocultamientos que apuntan a la instauración de un consenso sobre una cierta «racionalidad» del terror, a una lógica y misión del mismo, a una perpetuación de ese terror que se intenta analizar.

¿Cómo podemos abordar un estado de emergencia permanente en que viven algunos Estados nacionales, donde el caos es la regla cotidiana?, ¿cómo es que dichas sociedades no se han desintegrado? Taussig pone el dedo en la llaga con una propuesta perturbadora: quizás el concepto mismo de lo social haya sido superado, al estar fundamentado en los supuestos de estabilidad y estructura, pilares que hasta ahora nos han servido de referencia en el análisis cultural y social como «orden», «centro» y «sentido», quizás

hayan sufrido diversas metamorfosis o desaparecido en algunas sociedades, pero como antropólogos seguimos enfrentando el reto del dinamismo, la intensidad, la confusión y el terror encarnado en lo cotidiano que se despliegan en diversos contextos sociales.

Un valor de otra naturaleza destaca en Michael Taussig. Desde un relato etnográfico personal y vibrante, además de revelar la perversidad inserta en los discursos, los ocultamientos, las justificaciones que la distancia o la intimidad con el terror provoca, consigue arrancar hebras de emoción e indignación en nosotros, y anula la insensibilidad y frialdad que apareja el tratar de disectar y explicar la lógica del terror en una investigación académica. Esto lo consigue, entre otros recursos, explicitando el inventario personal del investigador al hablar sobre el terror: en un caso, describe los detalles del miedo y el pánico que se apoderan de él al sospechar que ha sido objeto de una trampa de los escuadrones de la muerte colombianos, y de su participación involuntaria en el proceso que genera y perpetúa el terror, desconfiando y dudando en prestar ayuda al perseguido.

Pero analizar el terror supone hablar del Estado y partir de una crítica reveladora de sus procedimientos de construcción de «memorias» nacionales. Respecto al tema de la memoria y el Estado nación, Taussig propone como una tarea importante del antropólogo el «historiar la memoria». Considera insuficiente el concepto de «memoria colectiva», cajón de generalizaciones poco explicativas, y reflexiona sobre «mi memoria»; ésta surge necesariamente de un conflicto de memorias. Existirían así distintas estéticas, humores y ánimas en las distintas memorias. Un interés prioritario del autor es el investigar las violencias del Estado no contadas. Según Walter Benjamin, la autoridad del cuentista y del cuento vienen de la muerte. Los cuentos de Estado se fundan en la muerte, la violencia y la revolución; son cuentos de muerte que le permiten manejar una energía sagrada, de ahí la necesidad de un análisis revelador y desacralizador.

Aquellos investigadores interesados en la antropología urbana disponen de varias vetas a desarrollar en esta obra. Algunas de ellas son las líneas que tratan de la construcción fantasmagórica de «un submundo social» por el imaginario urbano de la clase media y de la prensa (como su expresión estética, ideológica y cultural más evidente en un análisis antropológico) a partir de casos de ciudades como La Habana o Cali; especialmente útiles son sus comentarios para abordar la necesaria tarea del antropólogo urbano de cómo perfilar y deconstruir la cartografía o «topología del mal» operativa en toda cultura urbana. Resalta Taussig no sólo la exageración e «imaginación»

de los artículos en los periódicos sobre este tema (el hampa, las imágenes de la criminalidad y el delito, la santería y la brujería), sino el que parecieran estar concebidos para crear e «inventar» una versión tropical del mundo de Hobbes, sucio, brutal y reducido, donde «no se puede confiar en nadie», «y de este modo crear una ciudad pantanosa, cubierta por una atmósfera nebulosa de inseguridad, realmente en estado de emergencia».³

¿Por qué en una disciplina tan nueva y con tanta pujanza como la antropología urbana son tan escasos los abordajes novedosos? Quizás el que como urbanistas estemos tan próximos a una sensibilidad urbana nos impide tomar la suficiente distancia como para «ver» la ciudad con otros ojos:

*...cuando estábamos viviendo en lugares lejanos, nos acercábamos a la ciudad con un programa de cosas para ver y hacer, pero ahora, que vivíamos diariamente embotados en la sombra de esas mismas cosas, nunca más las percibíamos, quizás imaginando, inocentemente, que de alguna manera misteriosa ellas formaban parte de nosotros y nosotros de ellas.*⁴

Es sobre este asunto de la «óptica» sobre el que Taussig nos proporciona herramientas y observaciones de gran oportunidad. Partiendo de las ideas de Benjamin, el autor desdeña sin ambages la óptica de la «contemplación» en el análisis y los sentidos de la ciudad, paradójicamente la más valorada desde las instituciones académicas, por su supuesta «profundidad» y atención. En cambio, propone que el antropólogo, cualquiera que sea su tema o interés de trabajo en la ciudad, una óptica «distráida», y la conciencia de que la fuerza de los mensajes y sentidos urbanos son fruto de una «lectura colectiva distraída» por sus paseantes y no de una contemplación individual. Pero veamos su concepción de la «distracción»:

*Por otra parte, el término «distracción» aquí se refiere a un modo de percepción muy diferente, el tipo de percepción apenas consciente, que revolotea con una acción periférica, desatada con gran vigor por la vida moderna en la encrucijada entre la ciudad, el mercado capitalista y la tecnología. El prototipo ideal para esto no sería Dios, sino el cine y la publicidad, y su campo de acción, la vida cotidiana moderna.*⁵

³ Pp. 42-43.

⁴ P. 183.

⁵ P. 183.

El autor dedica un espacio importante del libro a tratar la *mimesis*. Absolutamente estimulantes para los antropólogos e investigadores que trabajan con culturas indígenas (pero también para los que investigamos imaginarios y culturas urbanas) resultan sus reflexiones sobre la teoría y práctica cultural de la *mimesis* para comprender mejor el pensamiento, la visión de la vida social y sus relaciones con el mundo. A partir de etnografías distintas y en distintos grupos (Taussig utiliza etnografías de los indios kuna, y la etnografía de Pitarch sobre los tzeltales),⁶ y por senderos distintos, estos antropólogos están proponiendo una misma teoría de la *mimesis* en culturas que han mantenido una relación desigual con sus sociedades nacionales y con la expansión y hegemonía de la cultura occidental.

Según Pedro Pitarch:⁷ «las almas indígenas y la cultura moderna del Primer Mundo tienen en común su capacidad de copia, de imitación, y la emplean, entre otras cosas, para copiarse mutuamente. Es decir, tienen en común su "facultad mimética" ...».

Pero, ¿qué cosa sería esta *mimesis*? La *mimesis* implica tanto la copia como la conexión con la sustancia copiada, tanto la réplica visual como la transferencia a la materia. El antropólogo australiano también la aborda a través de una frase sugerente y enigmática: la facultad mimética sería «la naturaleza que usa la cultura para crear una segunda naturaleza».

La práctica de la *mimesis* hace cada vez más difícil remontarse a un modelo primigenio, a un original, a una fuente. Las copias se emancipan en relación con los originales y piden que se reconozca su autonomía y dignidad en cuanto copias. Sus consecuencias son la disolución y la metamorfosis de identidades. Bajo esta luz podemos enfocar al sincretismo como una experiencia mimético-vertiginosa, al insinuar la duda sobre la «pureza» de sus elementos constitutivos: «El sincretismo instaaura la duda de espejos vertiginoso no tanto entre las diversas partes que lo componen, sino también en el interior de cada parte, la cual deja de ser idéntica consigo misma».⁸

Michael Taussig continúa su línea de investigación sobre la *mimesis* en la imaginación y práctica cultural, ya esbozada en su *Shamanism...*, y desarrollada por extenso en su último libro *Mimesis and Alterity*. Revisa la idea de que sólo los niños, en cualquier época y cultura, y los sujetos en las sociedades consideradas primitivas poseen y ponen en juego la facultad

⁶ Pedro Pitarch, *Chul'tel: una etnografía de las almas tzeltales*, FCE, México, 1996.

⁷ *Ibidem*.

⁸ Mario Perniola, «A arte mimética», en *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional*, número 21, São Paulo, Brasil, 1986, pp. 124-127.

mimética, constatando que en las sociedades posindustriales las nuevas tecnologías que copian la realidad, en especial la cámara, han sustituido y reinstaurado esa facultad mimética en el paisaje de la modernidad.

Ciertamente la *mimesis* presupone una exteriorización, o mejor, una externidad, una *performance*, una dimensión que asuma en sí misma los caracteres de la ejecución y de la exhibición. Nos encontramos ante una experiencia vertiginosa, y no sólo una pantomima ornamental y mistificadora, capaz de mudar las relaciones de los sujetos consigo mismos, con el mundo, con el espacio.

Juan Antonio Flores Martos
Universidad Complutense de Madrid